

EMILSE MANCERO

EL SOL NO DESPIERTA A LOS MUERTOS

HISTORIAS MACABRAS
DE ALMAS OSCURAS

BÄRENHAUS



EMILSE MANCERO

EL SOL NO
DESPIERTA A
LOS MUERTOS

HISTORIAS MACABRAS
DE ALMAS OSCURAS

BÄRENHAUS

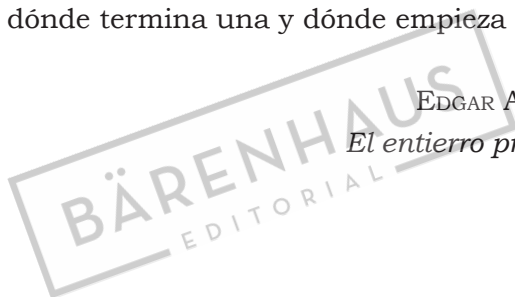
Para Coco



“Los límites que separan la vida
de la muerte son, en el mejor de los casos,
vagos e indefinidos. ¿Quién puede decir
dónde termina una y dónde empieza la otra?”

EDGAR ALLAN POE

El entierro prematuro



ÍNDICE

Ceremonia siniestra.....	13
Invasión <i>yūrei</i>	33
Con la espuma al cuello.....	49
Después de la sudestada.....	65
Pesar a la vera del camino.....	91
Lo último que se pierde.....	105
Otra vuelta de cordón.....	113
Cuando llega la cigüeña.....	145
Huéspedes inoportunos.....	157
La perpetuidad de la noche.....	185
Obra de la divinidad.....	203
Café con notas fúnebres.....	227
La noche de San Juan.....	235

CEREMONIA SINIESTRA

Después de tomar la teta con voracidad, Rosa se durmió. Carmen la envolvió en el poncho, acomodó la paja y la acostó boca abajo. Liberada de las tareas maternas, embadurnó los pezones agrietados con aceite de ricino. Se animó con un buen trago de Hesperidina. Con una aguja de tejer revolvió el carbón y, en cuanto el fuego se avivó, apoyó la pava sobre el brasero. Tomarse unos mates era uno de los pequeños placeres que se permitía desde la partida de Florencio, quien habría muerto en el presidio del fin del mundo, acusado de un crimen que no cometió. Al día siguiente, la tía Mercedes iba a llevarla con un brujo capaz de traerlo de vuelta.

Se acercaba la hora de dormir. Carmen salió a controlar que estuviese todo en orden. La neblina velaba el paisaje. Una calma sobrenatural potenciaba un fresco perfume a tierra mojada. Después de varios días de tormentas fuertes, el viento había cambiado y empujaba los nubarrones hacia los acantilados de la Stella Maris. Más allá de la laguna, todavía resplandecían unos refucilos. El maizal se agitaba con la brisa. Las gallinas dormían arrepolladas. Las gaviotas

sobrevolaron la laguna una vez más y se perdieron entre las sombras. El rancho se camuflaba con la penumbra. Ojalá no pasara inadvertido para Florencio, que después de tanto tiempo lejos de casa andaría desorientado. ¿Volvería la misma noche del gualicho?

Carmen entró y, con un movimiento torpe, cerró de un portazo y puso la tranca. Rosa lloriqueó apenas y siguió durmiendo. El atardecer se apagaba tras las ramas de un sauce, buen momento para encender el quinqué. Ya no entraba luz por la única ventana —un agujero en la pared enmarcado por madera de algarrobo—, sólo mosquitos y algún que otro cascarudo. Cubrió la abertura con un parche de cuero y se dispuso a matear.

Mientras apilaba unos trapos que iba doblando con parsimonia, puso la pava al fuego. Se le ocurrió que cada porción de loza saltada, cada mancha de óxido, constituían una cicatriz, una costra como esas que ella llevaba en su interior. Quizá la pava sobre el fuego podría experimentar placer, así como ella había aprendido a gozar a través del dolor. Cerró los ojos y se vio a sí misma caminando sobre las brasas, como en un espectáculo de fenómenos, desnuda. La idea le provocó un dulce cosquilleo.

Volvió a la pava. Observó una marca profunda entre la base y el pico. Acercó el dedo y la rozó. La piel se adhirió al hierro caliente. El dolor le produjo un goce tan inmenso que, por un instante, se vio asaltada por un desconocido que la desollaba mientras la hacía suya. Despegó el dedo y se lo llevó a la boca. Lo chupó con suavidad. La ampolla crecía en consonancia con su deseo.

Ahora, en la víspera del gualicho, el recuerdo de una charla con la tía Mercedes llegaba inquietante y lejana como una tormenta. Entre mate amargo y tortas fritas, Carmen le había confesado:

—Me falta tanto el Florencio.

—Yo sé cómo hacerlo volver.

—¿Brujería?

La tía cruzó los labios con el dedo índice y susurró, como si alguien más pudiese oírlas en ese desencampado infinito:

—El Mandinga es capaz de traerlo, pero podría pedir a cambio a la Rosa.

Carmen no quiso saber nada. Mientras barajaba unas cartas de tarot, la tía le habló de un hombre muy experimentado que en Brasil había aprendido a comunicarse con los espíritus. Si todo iba bien, esa misma noche volvería a estar en brazos de Florencio.

El llanto de la beba la trajo al presente. Buscando consuelo o saciarse, palpaba por encima de la blusa con la manito, que cada día se parecía un poco más a una garra de pollo. Carmen desabrochó la blusa y Rosa se prendió al pecho con el ansia habitual. Se le ocurrió que, con los dientitos desaparejos, quizá sólo sacaba sangre, que su hija se estaría convirtiendo en uno de esos vampiros que habitaban las pampas.

El dolor se había vuelto insoportablemente delicioso. Se abrazó fuerte a la escopeta y llevó el caño a la boca. El sabor amargo de la muerte le rozó la lengua. Todavía se olía la pólvora del último disparo. Rosa no paraba de chupar. La miraba con esos ojos oscuros y enormes, igualitos a los de Florencio.

Quizá si la sorprendía la muerte, su hija sobreviviría alimentándose de su cadáver, como el bebé de la Difunta Correa a quien Mercedes solía invocar cuando hacía gualichos. Carmen acarició el gatillo con la yema ampollada, imaginando cómo sería el ritual.

La tía le había adelantado que se reunirían con el brujo en el jagüel que habitaba el Mandinga, cuando la luna redonda se alineara con la boca del pozo, que coincidía con la primera noche del verano. Aunque la idea de encontrarse con el diablo la aterraba, con la ilusión de que todo saldría bien, apartó la escopeta y descansó el caño sobre el hombro. Rosa había dejado de chupar. La acurrucó entre la paja y se cubrió el pecho. La blusa se manchó con un lamparón rojo.

Ilusionada con la vuelta de Florencio, intranquila por las posibles consecuencias del gualicho, volcó un poco de agua en un tacho y preparó una jabonada. Rozó la superficie con el codo y se dejó acariciar por la tibieza de la espuma.

Se desvistió. La blusa se había adherido a los pezones agrietados. Encontró placer en ese ardor laceante, que la carcomía como una gangrena. Se recostó sobre la paja. Un trapo sanguinolento cayó sobre el piso: la regla iba mermando. Carmen cerró los ojos y, con la mano en la entrepierna, se entregó al goce.

Un ladrido lejano la apartó del éxtasis. Así como el rancho se hacía invisible en la noche, así ella era incapaz de ver qué sucedía afuera. Sumergió un pañal agujereado en la jabonada, lo hizo un bollo y lo frotó por el cuerpo. Se encajó entre las piernas uno de esos trapos que había estado doblando con parsimonia y

se puso el camisón. Tironeó el cordón atascado en el pasacintas y, tras cerrar el escote con un nudo, se puso la cofia.

Agregó kerosene al quinqué y, escopeta en mano, se recostó junto a Rosa. Cerró los ojos. Los recuerdos se sucedían, uno guardado dentro de otro, como esas muñecas rusas que había en la estancia Los Cimarrones, donde ella trabajaba antes de que a Florencio lo mandaran al presidio. Había llegado el momento de dejar el pasado atrás.

17

El día amaneció soleado. Buen augurio, ya que para llevar a cabo el ritual se necesitaba un cielo sin nubes. Carmen decidió no ir con Rosa, prefirió dejarla sola en el rancho. Sería más seguro que llevarla a una ceremonia de la que se sabía poco y nada, con un brujo que no conocía ni de nombre. La arropó y, en cuanto salió la primera estrella, fue a reunirse con la tía en la encrucijada de Los Cuatrerros.

Quién sabe con qué obstáculos podrían encontrarse. Después de tantos días de tormenta, todo se alteraba; una gaviota perdida, cazones que a través de las canaletas de la Stella Maris iban a parar a la laguna, víboras hambrientas. Para llegar al jagüel debían cruzar un arroyo que podría estar desbordado. Carmen se ató un pañuelo al cuello y con las manos estiró la falda. Agarró el quinqué, metió el yesquero en el bolsillo y, dejando los temores en el rancho, cerró la puerta.

El campo se había convertido en un lodazal. Al igual que la noche anterior, la neblina se concentraba

sobre la laguna y se desplazaba entre los arbustos. La bruma se alzaba con un hedor a pescado podrido y agua estancada. Con el canto de los mirlos como única compañía, Carmen avanzó despacio por un sendero inhóspito. Iba saltando charcos, esquivaba ranas y escuerzos, tambaleaba en los tramos más intrincados. A pesar de varios resbalones, logró mantenerse firme.

18 Todavía lejos de la encrucijada, divisó la silueta de la tía que caminaba de un lado a otro, nerviosa como siempre. En un intento por evitar una reprimenda, se apuró. No le importó chapalear en el fango, ni salpicarse la falda. Saludaba a Mercedes con la mano cuando la asaltó la fetidez de la muerte. Una nube de moscas anticipó los despojos de un animal: una zarigüeya y su cría, inflados como globos. Por esquivarlos patinó y perdió el equilibrio.

—¿Qué hacés? —rezongó Mercedes, mientras la ayudaba a levantarse—. ¿Y la criatura?

A Carmen se le hizo un nudo en la garganta.

—La dejé durmiendo —dijo con voz temblorosa.

La tía se pegó una palmada en la frente:

—¡Tenías que traerla!

—Pero.

—Vamos que se hace de noche —la interrumpió con un gruñido y la tironeó del brazo.

Caminaron en la dirección que, guiada por el lucero, indicaba Mercedes. Avanzaron con cautela, hasta que notaron que más allá de los pastos amarillos se alzaba un humedal. Con cada paso, la neblina se espesaba y el hedor del agua se hacía más potente.

—Es por ahí. —La tía señaló un juncal.

Fueron dando zancadas, abriéndose paso entre los juncos como nadando en un río invisible. Los grillos enmascaraban el gruñido de los murciélagos. A medida que la tierra se ablandaba, oyeron el rumor de la corriente interrumpido por tambores. Con los pies mojados, la boca abierta y las piernas temblorosas, Carmen vio unas luces que flotaban a ras del suelo y, como suspendidas en la niebla, se elevaban.

19

—Es la luz mala —lloriqueó. Y se dio media vuelta.

—Qué luz mala ni ocho cuartos —gruñó Mercedes—. ¿No ves que son luciérnagas?

La zarandéó por los hombros y la obligó a seguir.

Encorvada y con el estómago revuelto, Carmen obedeció. Estiraba las palmas de las manos como buscando protección en la belleza intermitente de esos insectos. A los tirones, la tía la arrastró más allá del juncal. Iban tambaleando, los pies bajo el agua, tratando de no resbalar.

El olor se había vuelto insoportable. Carmen se tapó la nariz, tragó saliva y siguió, adivinando dónde pisar, bajo el resplandor irregular del crepúsculo. La depresión se hacía más y más profunda. El agua ya les llegaba a las rodillas. La niebla se había espesado y apenas se divisaban las copas de los árboles. Ya se oían el ulular de los búhos y el siseo de las lechuzas. Los golpes de tambor sonaban más enérgicos. Alguien cantaba una música aborigen.

Carmen se prendió a Mercedes:

—¿Indios? —susurró.

Sin mirarla, la tía esbozó una sonrisa burlona, mientras negaba con la cabeza.

El terreno se volvió empinado. La niebla se había espesado de tal manera que no se veía más allá de la distancia que marcaba un brazo extendido, ni la punta de los dedos podía verse. Pisaban tierra firme cuando hacia el poniente divisaron una luz oscilante, opacada por la neblina que iba cediendo para volverse aún más compacta.

20 Carmen se persignó. Se le ocurrió que habían muerto ahogadas en el arroyo y ascendían al cielo. En uno de esos intervalos en que la niebla se atenúa, notó que Mercedes le llevaba una ventaja importante.

Ahora el tambor sonaba desquiciado. Una mujer cantaba con una voz aguda y potente, peligrosamente cerca.

—Te dije que eran indios —balbuceó Carmen y corrió a esconderse detrás de un ombú.

La tía largó una carcajada, como si buscara ser descubierta por la tribu. Carmen soltó el quinqué y se aferró al ombú, las uñas clavadas en el tronco, los ojos apretados, el labio tembloroso al igual que las piernas. Mercedes le acarició la mejilla. No había sarcasmo, más bien compasión.

—Son de los buenos.

—¿Cómo sabés?

—Fijate.

Carmen se despegó del ombú muy lentamente. Se frotó las manos húmedas, pegoteadas de tierra, cor-teza, telarañas. Y se asomó.

Ante su mirada indecisa, la escena se tornaba mucho más real. Una chica entonaba una melodía desagradable, acompañada por una anciana gorda que tocaba el cultrún.

—Yo me voy —dijo Carmen con la voz entrecortada: había imaginado que sólo estarían ella, la tía y el brujo.

—Dejate de decir estupideces.

Unas mujeres se acercaron con una cesta atestada de ciruelas. Vestían una túnica oscura, ajustada por una faja tejida y una especie de vincha con monedas que resplandecían bajo la ondulante luz de las antorchas. No muy lejos, unos hombres de chiripá con una cinta atada a la cabeza fumaban pipa. Algunos iban sacando botellas de ginebra, paquetes de comida y los distribuían sobre una lona.

—¿Sabías de esto? —murmuró Carmen, sin sacar la vista de los indios.

—No sé. —Frunció el ceño.

—¿Cómo no sabés? ¿Y el brujo?

Una nube de murciélagos las sobrevoló y se perdió entre las copas de los árboles.

La música cesó. Todo quedó en silencio, como si la Tierra hubiese muerto.

Entonces se oyó un galope amortiguado y un caballo invisible se abrió paso entre la neblina. Del jinete sólo se distinguía el contorno.

Ya más cerca, se definían el fuego en las pupilas y los brazos robustos que, bajo la luz de las antorchas, centelleaban con el color del hierro oxidado. El caballo azabache, de crines profusas y negras como el pelo de los indios, se paró en dos patas y relinchó.

Carmen quedó atónita. Jamás en la vida había visto a un hombre tan singular.

—Es él —dijo Mercedes dándole un codazo.

Como escapado de una tribu del Amazonas, el brujo había llegado apenas cubierto con un taparrabos. Llevaba en la cabeza un penacho de plumas que aseguraba se lo había obsequiado el apache Gerónimo. Se había untado en aceite, pintado la cara y el pecho con ceniza. El pelo pasaba de la cintura, dorado y abundante.

Saludó con la mano, desensilló y fue a reunirse con los indios.

—¿Está desnudo? —dijo Carmen como hipnotizada.

—Eso quisieras. —Largó una carcajada burlona—. Estamos acá por el Florencio. ¿O ya te olvidaste?

Él les echó una mirada y se puso a escarbar la tierra.

—Vení —dijo Mercedes—. Vamos a saludarlo.

El brujo armaba un fogón. Un indio echaba bosta y ramas. Otro llegó con una petaca y lo roció.

Carmen sacó el yesquero:

—Por si le sirve.

Él movió el brazo con displicencia y se valió de una antorcha. Se dirigió a Mercedes.

—¿Cómo estás?

—Preocupada.

—Se necesita mucha fuerza para traer a un muerto.

A Carmen le molestó que hablaran como si ella no estuviese ahí. Juntó fuerzas y abrió la boca:

—No es seguro que esté muerto.

El brujo no la escuchaba.

—¿Esta es la mujer del finado?

—Sí, es mi sobrina.

Desaliñada y sometida a la vigilancia de Mercedes, se sintió ridícula ante ese hombre tan buen mozo como Jorge Newbery que, aun en taparrabos, conservaba la elegancia de un señor de la alta sociedad. Perdida en esos ojos de fuego, esperó infructuosamente que le estrechase la mano.

Él saludó asintiendo con la cabeza.

—Soy Eustaquio, pero me dicen “el Gringo”.

Carmen hizo una especie de reverencia. Mientras juntaba coraje para volver a abrir la boca, notó que había dejado el quinqué tumbado entre las raíces del ombú. Se agachó a levantarlo.

—Mire que nunca me entregaron el cuerpo, eh.

—¿Entonces no sabe si murió? —dijo el Gringo de mala manera.

—Me dijeron que estaba con otros presidiarios, en una fosa común.

El cultrún estalló dando un estrépito. Ahora cantaban todos los indios a la vez. El brujo estiró el brazo en un ademán de invitarlas a seguirlo hasta ahí nomás, donde el caballo descansaba amarrado a un palenque junto a un ceibo que ardía de flores.

—Acompañenme.

Carmen era consciente de que no tenía otra opción. Aunque se esforzaba en dar el primer paso, las piernas no le respondían. Se habían afincado en el suelo como postes de una cerca. Hermosa imagen la de verse protegida por un manto de alambre de púa, el deleite punzante de liberar la angustia a través de la carne perforada.

La tía la tironeó y murmuró:

—¡Cómo vas a decirle que no sabés si está vivo o muerto!

Carmen se metió en la boca el dedo ampollado y lo mordió. Un hormigueo la recorrió de la cabeza a los pies.

—Movete —gruñó la tía tomándola por la cintura—. No me hagas quedar mal.

El brujo abrió las alforjas.

24 —Acá hay empanadas, y acá tenemos queso, jabalí y pan. —Metió la mano hasta el fondo y sacó un embutido—. ¡Este salame de Tandil está de rechupete!

Se lo entregó a Carmen, pero cuando ella lo agarró, él lo retuvo. Posó la mirada en los pechos, luego en los ojos.

—Así que no tenés hombre.

Carmen no atinó a responder. Giró la cabeza buscando a Mercedes, que sin avisar había ido a reunirse con los indios.

El brujo sacó una de esas botellas de barro que vendían en la pulpería.

—Yo vine por el gualicho —lo increpó.

—Ajá —dijo sin mirarla.

Seguía sacando cosas: chicha, mate, Fernet. Un indio iba repartiendo.

—¿Estamos de fiesta? —rezongó Carmen.

—Señora, para hacer el gualicho hay que esperar a que la luna se pose sobre el jagüel. Fijese dónde está.

—Tenemos para rato —dijo Mercedes que, así como se había ido, así había vuelto.

Se acercaba la hora de realizar la ceremonia. El brujo sacó una botella y, a lo que fuese que contenía, le añadió un polvo que llevaba en un frasquito. Arrojó unas gotas al fogón. Unas llamaradas estallaron entre explosiones, desprendiendo chispas, como fuegos de artificio. Acercó las manos a la hoguera y murmuró unas palabras inentendibles. El fuego se resumió a brasas crepitantes y volvió a encenderse. La botella fue pasando de boca en boca: una bebida amarga que a Carmen le quemó hasta los dientes.

25

Iluminado por la luna, el brujo le entregó una vela a cada uno y se dirigió hacia unas cortaderas. Los indios lo siguieron, silenciosos. La música de los animales nocturnos alcanzó su apogeo: búhos y lechuzas, murciélagos, roedores. Los plumones de las cortaderas, agitados por la brisa, se sacudían en un baile siniestro.

Carmen no dejaba de pensar en Rosa. La imaginaba despierta, al igual que su apetito voraz. Se habría mordido una pierna con esos dientes irregulares o arrancado un dedito.

Al llegar al jagüel, el brujo se sentó sobre una piedra y encendió una pipa. La anciana se puso a tocar el cultrún. Murmuraba una invocación o un rezo. Iba alzando la voz, a la vez que el cultrún se apuraba. Carmen y Mercedes se quedaron a un costado. Sujetando la vela contra el pecho, los indios se pararon alrededor del pozo y les indicaron dónde ubicarse. El brujo se despojó del taparrabos y del penacho, y se acomodó entre las dos. A Carmen no le daban los ojos para curiosarlo. Él se echó hacia atrás y giró levemente,

como para que ella pudiese verlo sin perder detalle, y le entregó la pipa. Carmen dio una pitada, se la pasó al que estaba a su izquierda y así siguió la ronda.

Cuando ya todos habían fumado, el brujo se arremó al brocal. Levantó la cabeza y, de cara a la luna, se quedó así un momento, en un acto de contemplación mística.

Y se arrojó al agua.

Los indios recitaban una letanía, con los ojos cerrados y la vela apuntando al jagüel. Muy cerca unos caballos relinchaban. Una lechuza del campanario pasó a vuelo rasante y se perdió entre las cortaderas.

El brujo tardó una eternidad en salir a flote. Con los brazos apoyados en el brocal, tomó impulso y saltó como una rana. Juntó las manos, se cubrió la vergüenza y se arrimó a Carmen. Mercedes se pegó a él.

—El Mandinga exige un sacrificio —dijo, muy serio.

Ellas se miraron y volvieron los ojos hacia él. En las pupilas ardía el fuego de las antorchas.

—¿Cómo el Mandinga? —dijo Carmen y fulminó a Mercedes con la mirada.

—Yo te avisé —mintió—. ¿No te acordás?

—¡Vos hablaste de un brujo!

Él se interpuso entre las dos.

—Para traer un alma hay que ofrendar otra —dijo, displicente—. ¿No le explicó su tía?

Después de un silencio incómodo, Mercedes respondió:

—Le expliqué, pero esta nunca entiende nada.

—Miró a los indios, pensativa—. ¿Cómo podemos arreglar?

—A lo mejor —dijo él—, una madre, a cambio de unas monedas.

La lechuza volvió a sobrevolarlos. Algo se movía entre los arbustos. Carmen recuperó el quinqué y alumbró hacia donde crujía el follaje. Un zorro gris, agazapado, como si hubiese adivinado sus intenciones.

—Deje en paz a ese animal —gritó el brujo—. ¡El zorro no tiene alma!

Decidida a terminar con el asunto del gualicho, Carmen se paró frente a él. Entonces, más allá de donde había aparecido el zorro, se oyeron pasos débiles. Alguien corría, se acercaba: un niño.

27

La diminuta silueta se proyectaba ondulante, según cómo la brisa agitaba las llamaradas. La piel morena, los enormes ojos negros, el cabello enrulado, los pantalones y el chaleco proporcionaban el aspecto de un hombre en miniatura. Sin duda se trataba de un niño calé.

Agitado, tomó aire y señaló hacia el camino.

—Se atascó la caravana en el barro.

Mercedes se acercó. Le acarició la cabeza y le habló con dulzura.

—Tuviste suerte.

—Sí —sonrió.

—Nosotros también —murmuró el Gringo y desapareció entre las cortaderas.

Los indios mantuvieron sus ubicaciones, ahora sentados en posición de loto. El reflejo de la luna iba cubriendo la superficie del jagüel. La india gorda volvió a tocar el cultrún.

—Mi papá vio las luces.

—¿Tenés hambre? —dijo Mercedes—. ¿Querés una empanadita?

El niño se encogió de hombros, los ojos clavados en los indios.

A Carmen le costó asimilar las intenciones de Mercedes, las del brujo. En cuanto reaccionó, intentó ayudar a esa criatura indefensa.

—Vení, vamos a ver si podemos destrabar las ruedas.

—Hay carne de jabalí —insistió la tía—. Y bananas.

28 —Mi papá se va a enojar —dijo mirando hacia el camino.

El brujo reapareció. Traía una botella y un trapo que iba embebiendo a medida que se acercaba.

—¡Cuidado! —gritó Carmen.

El Gringo fue por detrás. Le cubrió la boca y la nariz.

—¡Rápido! —Apuró mientras el niño se desvanecía entre sus brazos—. ¡Ya es la hora!

Los indios corrieron a sus puestos. Todos menos la anciana, que ahora tocaba el cultrún con frenesí y lo acompañaba con un canto oscuro y desgarrador.

—Tenés que hacer tu petición, Carmen. —La tía la zamarreó.

Ella no reaccionaba. Se quedó tiesa, viendo al brujo cargar al niño y depositarlo sobre el brocal. Una pierna colgaba laxa, el piecito rozando la superficie del agua.

—El niño ya está condenado —murmuró el Gringo, la voz burbujeante como si en lugar de salir de su boca proviniese del pozo, y se colocó el penacho—. Si no hace su petición ahora, habrá muerto por nada.

Carmen apretó los dientes, los párpados, tensó cada músculo y, cubriéndose los oídos, gritó:

—Que vuelva el Florencio.

No quiso ver cuando arrojaban al niño. Oyó la zambullida, aplausos, el cultrún furioso. Cada uno con su vela, los indios se pararon en el borde del brocal. La criatura no tuvo oportunidad de luchar por su vida. El cuerpo salió a flote dos veces y ya no se lo vio nunca más.

Carmen seguía en shock. La luna todavía se estremecía sobre el jagüel, cuando los indios enfilaron para el palenque. El brujo se puso el taparrabos y fue detrás.

—Tenemos que irnos —dijo la tía—. Rápido.

Carmen agarró el quinqué y fue hacia el claro por donde había aparecido el niño.

—¡Por ahí no! —Mercedes la tironeó en sentido opuesto—. Y apaga eso que nos van a ver.

Ella tuvo la impresión de estar sumida en un mal sueño del que no lograba despertarse.

—Vamos —insistió la tía—, que ya deben estar buscándolo.

No se equivocó. El follaje crujió bajo unos pies que se aproximaban a paso firme.

—¡Mi hijo! —gritó el gitano—. ¿Vieron a mi hijo?

—Buenas noches, señor. —Mercedes le cerró el paso—. Por acá no pasó ningún hombre.

—Eso —balbuceó Carmen—. Nosotras...

La tía la pisó con disimulo. De todas maneras, el gitano iba a interrumpirla.

—No es un hombre, es un niño. Un niño pequeño.

Las dos se miraron. Mercedes se agarró la cabeza y exclamó:

—Dios mío. Hace un rato andaba un zorro gris entre esas plantas. —Señaló unos matorrales.

—¡Gyula! —el gitano gritó. Al no obtener respuesta volvió a llamarlo—: ¡Gyula!

Y otra vez.

—¡Chiula! —Fingió solidarizarse Mercedes.

30 El hombre sacó un revólver, disparó al aire y desapareció en la frondosidad de los arbustos.

Carmen salió por un sendero alternativo para no cruzarse con la caravana, mientras que la tía huyó en sentido contrario.

Unos nubarrones tapaban la luna. La noche se puso negra como el agua del jagüel. La neblina, que se había disipado, volvía a espesarse. Por momentos Carmen sólo veía el halo del quinqué suspendido en el aire como una centella. Consternada, una vez más se culpó por haber dejado sola a Rosa, por haberle hecho caso a la tía. Cómo había omitido avisarle que el gualicho se haría a medianoche. Quién sabe en qué condiciones encontraría a la pobre criatura.

Por más que apuró el paso, no llegaba a la encrucijada. Sin duda había equivocado el camino. Con la laguna como única referencia, siguió adelante, rodeándola hasta que se orientó. Clareaba cuando divisó el rancho, la puerta abierta de par en par. Un caballo bebía del abrevadero. Adentro todo era oscuridad.

—¿Florencio?

Nadie respondió.

Puso un pie en el rancho y se quedó junto a la puerta. Subió la llama del quinqué y lo balanceó. Rosa no estaba acurrucada en la paja, tal como la había dejado. Detrás de un tonel sobresalían las botas de un hombre tendido en el suelo.

Carmen se acercó con cautela. La luz del quinqué temblaba a la par de la mano que lo sostenía. A medida que alumbraba el cuerpo, se revelaron las espuelas, las bombachas, la rastra con las iniciales de Florencio y la beba recostada sobre el pecho, abrazada a él.

31

—Rosa —susurró, cuidando de no despertar al recién llegado.

La beba se incorporó. Giró la cabeza hacia la madre. Bajo la luz dorada, la carita rechoncha, embadurnada con algo brillante, resplandecía irreal como una muñeca de porcelana. Balbuceó, le regaló una sonrisa y volvió al padre, a seguir masticándole el cuello.

BÄRENHAUS
EDITORIAL

